

Hércules Musageta, algun tiempo despues Q. Pomponio Rufo, siendo Edil, la reedificó y ensancho, para colocar en ella las estatuas de las nueve Musas, que habia transportado de Ambracia, ciudad de la Etolia: y en memoria de esto hizo acuñar nueve medallas, á cada Musa la suya.

Una de las ramas de esta familia tenia el sobrenombre de Matho, voz Griega que significa el que aprende, ó el estudiante.



Don Salera del

Gir Canettoni inc

VIDA
DE TITO POMPONIO ÁTICO,
POR CORNELIO NEPÓTE.

I. **P**omponio Atico nació de uno de los linages primitivos de Roma, y gozó la dignidad de Caballero, que sin interrupcion conserváron todos sus mayores. Le tocó un padre activo y humano, rico para aquellos tiempos, y sobre todo aficionado á las letras: el qual, á proporcion que las amaba, instruyó á su hijo en todas las doctrinas correspondientes á su edad pueril. Tenia el muchacho, ademas de un

ingenio fácil, gran dulzura de aspecto y de voz, de manera que no solo aprendia muy presto lo que le enseñaban, sinó que lo recitaba superiormente: con lo qual sobresalia entre sus iguales, brillando mas de lo que sus generosos condiscípulos podian sufrir sin envidia; y así los incitaba con su aplicacion. Entre ellos se contaban Lucio Torquato, Cayo Mario hijo del gran Mario, y Marco Ciceron; á quienes cautivó con su trato de tal manera que jamas amáron á nadie mas que á él.

II. Á lo mejor se le murió su padre: y quedando mancebito, pasó por los riesgos á que le expuso la afinidad con Publio Sulpicio ^I, que fué muerto siendo Tribuno de la plebe: y esta afinidad consistia en que Anicia, prima de Pomponio, estaba casada con Marco Servio hermano de Sulpicio. Muerto este Tribuno, y viendo que á causa de los motines con que Cina turbaba la Ciudad, era imposible, que viviendo segun su estado, dexase de desagradar á uno de los dos partidos en que se dividian los Ciudadanos, siguiendo unos el de Sila, y

^I Este Tribuno Sulpicio habia promulgado varias leyes perniciosas, y se empeñó en que la guerra llamada Itálica se encargase á Mario, con exclusion de Sila. Arrojó á este de la Ciudad con violencia, é hizo matar al hijo del Cónsul Quim-

to Pompeyo, que era su yerno. Vuelto Sila á Roma con su ejército, proscribió á Mario, á Sulpicio, y á otros muchos. Mario se salvó huyendo: y á Sulpicio le vendió un esclavo, y le cortáron la cabeza.

otros el de Cina, creyó que aquel era tiempo apropiado para entregarse á los estudios: á cuyo fin se fué á Atenas, llevando consigo gran parte de su caudal, para que su ausencia no causase detrimento en él; sin que por eso dexase de socorrer con su bolsillo al jóven Mario, para que huyese quando le declaráron enemigo público.

Con los Atenienses vivió de manera que ganó el afecto de todos; porque ademas de su amabilidad, que ya era grande para sus pocos años, socorrió muchas veces con sus riquezas á la Ciudad en sus necesidades: de suerte que quando se veia precisada á buscar dinero para pagar el que tenia tomado á interes, y no le hallaba sinó con usura muy subida, se le prestaba él sin interes alguno; pero no permitia se dilatase la paga mas del preciso término contratado: en lo que les hacia dos beneficios, pues evitaba se envejeciese la deuda, y que se aumentase con la multiplicacion de usuras. Á este servicio añadió la liberalidad de regalar al Pueblo una cantidad de trigo, de la qual tocáron á cada Ciudadano siete de aquellas medidas que en Atenas llaman *medimnos* ^I.

^I Algunos exemplares dicen seis; pero el saber quantos fuéron con puntualidad nada importa; como tampoco el exâminar el valor del medimno. Basta la noticia de que á poca diferencia corresponde á un celemin.

III. En Atenas se portaba de modo, que viviendo familiarmente con los pequeños, no dexaba de parecer igual á los magnates: con lo que se mereció todos los honores públicos que le podian dar, hasta querer declararle su Ciudadano. Mas él no quiso aceptar este favor; porque según el dictámen de algunos, se pierde el derecho de Ciudadano Romano adquiriendo el de qualquiera otra Ciudad. Mientras estuvo presente no permitió le erigiesen estatuas; pero quando se ausentó no lo pudo impedir: y así, á él, y á Fidias ¹, que era entónces el principal movil y director de todos los negocios de aquella República, les pusieron algunas en los lugares mas respetados de la Ciudad. De modo que si la fortuna dispuso naciese Ático en la Ciudad donde reside el imperio del mundo; su prudencia le grangeó el que habiendo ido á morar en un pueblo que por antigüedad, humanidad y doctrina se aventaja á todos, fuese en él mas amado que nadie.

IV. Volviendo Sila del Asia, mientras se

¹ Los comentadores han dado mil vueltas sobre averiguar quien era este Fidias. El texto, como se lee en las buenas ediciones, quita toda ambigüedad, pues declara que era el primer Ciudadano de Atenas. Querer alterarle como lo han hecho algunos, leyendo en vez de Phidias,

Pilia ó Philia, y otras cosas aun mas extrañas, para aplicar el sentido á la muger de Atico, á su bija ó á la Amistad, es una cavilacion de gramáticos ociosos; tanto mas que en aquella época Atico no tenía bija, ni aun muger, pues aun no se había casado.

detuvo en Atenas, siempre tuvo consigo á Pomponio, prendado de su buen genio y erudicion. Hablaba el griego de modo que parecia nacido en aquella Ciudad: y pronunciaba la lengua latina con tal dulzura, que la gracia en él tenia mas apariencia de natural que de adquirida. En el recitar versos de las dos lenguas no se le conocia competidor. Por estas prendas no le apartaba Sila de su lado, y queria llevársele consigo; pero él respondió á sus persuasiones: *No quieras, te ruego, llevarme á militar contra aquellos con quienes he rehusado tomar armas contra ti, y por eso me he ausentado de Italia.* Alabó Sila el buen corazon del jóven, y mandó llevar á su casa todos los regalos que en Atenas le habian hecho.

Continuó Pomponio por muchos años su morada en Atenas, aplicado á cuidar de su caudal como diligente padre de familias; y dando lo restante del tiempo á las letras, y á los negocios de los Atenienses, sin olvidarse por eso de acudir á los asuntos de los amigos que dexó en Roma. Para promover sus pretensiones vino á esta Ciudad muchas veces; y siempre le hallaban pronto en qualquier negocio grave: como se vió con Ciceron, á quien en todos sus peligros manifestó singular amistad; y quan-

do huyó de su patria le socorrió con doscientos y cincuenta mil sestercios. Serenadas las cosas de Roma, volvió á ella en el Consulado de Lucio Cota y Lucio Torquato, si no me equivoco: y el día de su partida mostraron los Atenienses lo que le estimaban, por las lágrimas que el dolor de su ausencia les hacia derramar.

V. Tenia un tio rico llamado Quinto Cecilio, amigo de Luculo, de genio tan áspero que nadie le podia aguantar; pero Pomponio supo contemplarle de manera que siempre se mantuvo en su gracia hasta la suma vejez. Su atención obsequiosa no quedó sin premio; pues Cecilio ántes de morir le adoptó por hijo, y le instituyó heredero de las tres quartas partes de su hacienda, que montaron á cerca de diez millones de sestercios. La hermana de Ático estaba casada con Quinto Tulio Ciceron hermano de Marco, y este habia hecho la boda, porque desde que él y Ático fuéron condiscípulos de estudios vivian en grande estrechez, y en mucho mayor confianza que con Quinto: para que se vea que en la amistad puede mas la semejanza de costumbres que el parentesco. Trataba tambien con intimidad á Quinto Hortensio, que en aquel tiempo era mirado como príncipe de la eloquencia; sin que se pudiese

distinguir quien le amaba mas, Hortensio, ó Ciceron; consiguiendo una cosa tan difícil como servir de enlace, y conservar sin rencillas á dos grandes hombres que con tanta emulacion se disputaban la primacia de la oratoria.

VI. En el gobierno de la República se manejó de modo que siempre se le tuvo por partidario del Senado, y lo era en realidad. Nunca se mezcló en las revoluciones civiles; porque juzgaba que quien lo hacia, no era mas dueño de sí mismo que el que iba encerrado en una nave. Ni solicitó empleos, aunque le habria sido fácil conseguirlos por sus circunstancias, y por lo estimado que era; retrayéndole de hacerlo el no poderse pretender segun la honrada práctica de los antiguos; ni obtener sin el enorme soborno ya introducido contra las leyes; ni ejercerlos sin peligro, por lo corrompidas que estaban las costumbres de la Ciudad. Jamas compró bienes en subasta. No se mezcló en arriendos como principal, ni como fiador. Á nadie acusó por sí, ni subscribió á la acusacion de otro. Nunca puso pleyto por cosa que le perteneciese, ni fué demandado en juicio. Muchos Cónsules y Pretores le ofrecieron sus Prefecturas, y él las aceptó; pero contentándose con el honor, jamas fué á ejercerlas, despre-

ciando sus utilidades: ni aun con su cuñado Quinto Ciceron quiso ir al Asia, no obstante que allí podía ser su teniente. Juzgaba indecoroso hacerse subalterno de un Pretor, despues de haber rehusado exercer la Pretura. Con executar lo así no solo ganaba honor, sinó tranquilidad, evitando hasta las sospechas de delito: por lo que su amistad era mas apreciable á todos, al ver que quanto executaba nacia de buen afecto, y no de temor ni de esperanza.

VII. La guerra civil entre César y Pompeyo vino quando Ático se arrimaba á los sesenta años; y él, usando de la exención que le daba su edad, no tomó partido, ni se movió para nada de Roma. Á los amigos que partian con Pompeyo dió de su hacienda todo lo que necesitaban: y este, con ser pariente suyo, no se agravió de su quedada. Es verdad que Ático no le debía ningun favor, como otros muchos, que por su medio habian conseguido empleos ó riquezas; de los quales unos siguiéron sus banderas de muy mala gana, y otros se quedaron en sus casas con gran resentimiento suyo. Por otra parte fué á César tan grata la quietud de Ático, que habiendo, despues de su victoria, mandado á otros por cartas le contribuyesen con dinero, no solamente no le molestó á

él, sinó que por su respeto dió libertad al hijo de su hermana, y á Quinto Ciceron, para que se fuesen de los reales de Pompeyo. De esta manera con su método antiguo de vida evitó los nuevos peligros.

VIII. Siguióse la otra guerra quando, dada muerte á César, parecia residir la República en los Brutos y en Casio, y que toda la Ciudad habia vuelto su atencion hácia ellos. Marco Bruto, jóven, trataba á Ático, viejo, con mas confianza que á ninguno de su edad: y no solo era su principal consejero, sinó á quien mas distinguia en el trato familiar. Algunos proyectaron establecer á escote entre los Caballeros Romanos un fondo particular para sostener á los matadores de César; y juzgáron el pensamiento asequible, si los principales de aquel orden diesen el exemplo de contribuir. Cayo Flavio, amigo de Bruto, llamó á Ático para proponerle quisiese executar el primero; pero siendo su sistema servir á los amigos, sin mezclarse en sus parcialidades, manteniéndose siempre lejos de tales ideas, respondió, que si Bruto queria usar de sus bienes, lo podia hacer hasta donde alcanzasen; mas que no entraria en tal union, ni hablaria á nadie sobre ella. Así que, la sola repulsa de Ático fué bas-

rante para disipar toda aquella union imaginada.

Poco despues comenzó Antonio á ser superior, de manera que Bruto y Casio, viendo las cosas desesperadas, marcháron como en desierto á las provincias que los Cónsules les habian repartido por la muerte de César ¹. Ático, que no quiso convenir en el escote mientras estaba pujante la faccion de Bruto; abatido este, y viéndose precisado á huir de Italia, le socorrió con cien mil sestercios: y despues mandó que en Epiro se le diesen otros trescientos mil. De esta forma sostenia á los abatidos, sin adular á Antonio en su prosperidad.

IX. Á esto se siguió la guerra de Módena: y si yo, por lo respectivo á ella, solo le llamase prudente, le alabaria ménos de lo justo, pues él se manifestó divino; si se puede dar nom-

¹ No hay gramático ni comentar conocido que no haya tropezado en este pasage. Seria largo referir todas las correcciones que le han hecho para sanar una llaga incurable. Es evidente que está corrompido el texto; pero yo no soy tan temerario que emprenda su cura. Fulvio César fué quien destinó á Bruto y Casio las provincias de Macedonia y Siria, para quando acabasen el año de sus Preturas: y ellos, exerciendo estos oficios, conjuraron contra su bienhechor, y le quitaron la vida. Quando se fuéron

de Roma eran Cónsules M. Antonio y Dolabela sus dos mas encarnizados enemigos; con que era imposible que estos confiriesen premios ni provincias á los que miraban como asesinos de su protector, cuya muerte á todo trance querian vengar. Por consiguiente es absurdo lo que se lee en el texto, de que los Cónsules confirmáron á Bruto y Casio las provincias por haber muerto á César: y resulta clarísimo, que los copistas corrompiéron lo que en este pasage escribió Cornelio Népote.

bre de divinidad á la bondad natural y constante que por ningun acontecimiento se aumenta ni disminuye. Antonio, declarado enemigo, abandonaba la Italia sin esperanza de poderse rehacer. No solo sus enemigos, que entónces eran muchos y muy poderosos, sinó sus propios amigos se entregaban á sus contrarios, esperando algun fruto de hacerle mal. Perseguián á sus familiares; descaban despojar de todo á su muger Fulvia; y preparaban la muerte á sus hijos. Ático, aunque era tan íntimo de Ciceron, y muy amigo de Bruto, lejos de consentirles ultrajasen á Antonio, amparó en quanto pudo á sus gentes que huían de la Ciudad, y las ayudó con lo que hubieron menester. Entre otros hizo por Publio Volumnio lo que solo de un padre podia esperar. Á la misma Fulvia, agitada con pleytos, y atemorizada con grandes vexaciones, prestó sus buenos oficios con tal diligencia, que baxo su palabra, y saliéndola por fiador de todas sus cosas, pudo desembarazarse: y lo que es mas, habiendo ella en su próspera fortuna comprado una hacienda á pagar en cierto dia, y no hallando despues de su desgracia quien la prestase, medió Ático, y sin interes alguno, ni poner condiciones, la dió el dinero; reputando

por la mayor ganancia que se le tuviese por agradecido, y manifestar que era amigo de los hombres, y no de su fortuna. Quando se portaba así no era posible sospechar lo hacia por aprovecharse de la buena ocasion; pues entón-ces á nadie pasaba por la cabeza que Antonio vendria á apoderarse del mando. Algunos hombres de suposicion murmuraban de su conducta, porque en ella se mostraba poco enemigo de los malos Ciudadanos; pero él miraba lo que debia hacer segun su juicio, y no lo que otros alabarian.

X. Cambióse de repente la fortuna: y volviendo Antonio á Italia, todos creyeron que Ático corria gran peligro por su íntima amistad con Bruto y Ciceron: y aun él, al arribo de los Triumviros, se retiró de la plaza temiendo la proscripcion, y se ocultó en casa de Publio Volumnio, al qual, como ya expresamos, habia obligado con beneficios. Era en aquel tiempo tanta la variedad de fortunas, que una vez estos, otra aquellos, se veian sumamente encumbrados ó abatidos. Llevó consigo á Quinto Gelio Cano su contemporáneo, y hombre de su propio humor: con quien desde que se conociéron en la escuela contraxo amistad, que se fué estrechando siempre hasta la última ve-

jez: lo que prueba la bondad de Ático.

El odio de Antonio contra Ciceron era tan grande, que no solo aborrecia su persona, sino las de todos sus amigos, y á instigacion de muchos los queria proscribir. Con todo eso, acordándose de los beneficios de Ático, se informó de donde estaba, y le escribió de su puño que no temiese, y le fuese á ver, pues habia exímido de la proscripcion á él y á Gelio Cano; dándole ademas un piquete de guardia, á fin de que no peligrase en la confusion de la noche. De este modo Ático salvó de tan gran riesgo, no solo su persona, sino la de su querido amigo; sin pedir para sí favor que no le comprehendiese á él, manifestando queria correr una misma fortuna. Si alaban á un piloto por haber salvado la nave de los escollos y tormentas ¿qué no se dirá de la prudencia singular de aquel que se salvó de tantas y tan grandes borrascas civiles?

XI. Despues de haber escapado de tantos riesgos, no hizo otra cosa que auxiliar á muchos en quanto le fué posible. Por el premio que los Triumviros daban, perseguia el vulgo á los proscriptos; pero ninguno de ellos arribó á Epiro á quien faltase nada, ni se le coartó el estarse allí quanto quiso. Despues de la ba-

talla Filípense, y muerte de Casio y Bruto, se empeñó en proteger á Lucio Julio Mocila, que había sido Pretor, á su hijo, á Aulo Torquato y á los demas abatidos de igual malaventura; y desde Epiro les hizo llevar á Samotracia quanto necesitáron. Dificil y ocioso sería referir todo lo que hizo de esta especie; pero quiero se note que su liberalidad era constante, y no interesada: y esto se prueba con que no se pegaba á los dichosos, sinó que socorria siempre á los afligidos: lo que se vió con Servilia madre de Bruto, á la qual despues de la muerte del hijo respetó y obsequió del mismo modo que quando él vivia. Usando así de su liberalidad no tuvo enemigos, porque á nadie dañaba; y si recibia alguna injuria, queria mas olvidarla que vengarse de ella. Al contrario, conservaba eterna memoria de los beneficios; y de los que él hacia solo se acordaba mientras era agradecido el que los recibió. De suerte que en Ático se verificaba ser verdad aquel dicho de que *las costumbres de cada uno labran su fortuna*; bien que él, no tanto labraba su fortuna, como á sí mismo, procurando que nada se le pudiese reprehender con razon.

XII. Prendado de estas cosas Marco Vipsanio Agrípa, íntimo confidente del jóven Octa-

vio, siendo así que con el favor y potencia de este no había partido á que no pudiese aspirar, deseó no obstante emparentar con Ático, prefiriendo la hija de un Caballero Romano á qualquier otro mas ilustre matrimonio. Trató este casamiento (no hay por que ocultarlo) Marco Antonio, uno de los Triumvros ordenadores de la República: con cuyo favor, aunque pudo aumentar su patrimonio, no lo hizo, manteniéndose tan ageno de avaricia, que no usó de su crédito sinó para pedir por los amigos en sus riesgos ó necesidades. Resplandeció en esto mas especialmente mientras duró la proscripcion: pues habiendo los Triumvros vendido las ricas posesiones que tenia en Italia Lucio Saufeyo, Caballero Romano, coetáneo suyo, que llevado del amor de la filosofía moraba en Atenas, apropiándose á sí mismos el precio, segun la costumbre de entónces, trabajó Ático con tal destreza, que por un mismo correo le avisó había perdido y recuperado su patrimonio. Lo propio executó con Julio Calidio, el qual, despues de la muerte de Lucrecio y de Catulo, en mi opinion puede aspirar á ser tenido por el poeta mas elegante de nuestros dias; siendo no ménos hombre de bien, é instruido en las bellas artes. Este, despues de la